Julius Evola - La Doctrina Aria de la Lucha y de Victoria

7 de Diciembre de 1940

Se encuentra publicado en diversos sitios el siguiente texto en castellano (en todos los sitios el idéntico escrito). Lo hemos buscado en otros idiomas (en el suyo propio también, el italiano), pero no se lo da por existente en ningún catálogo. Luego, hasta ahora sólo existe en versión castellana. A continuación el texto de la conferencia dada por Julius Evola en el *Instituto Kaiser Wilhelm* de Roma el 7 de Diciembre de 1940 (plena 2ªGM). En esta conferencia se resume lo esencial de las, y de las vías de la acción que conocieron las civilizaciones tradicionales. Fue editado este texto (se afirma en todos los sitios) por primera vez en castellano en el *"Dossier Orden del Temple*" publicado por *Ediciones Alternativa*, Barcelona, en 1985, dossier con el que tampoco hemos dado. Por lo anterior, considerando los innumerables ripios de que adolece el texto (que no sabemos si se debe al escaneo o a la redacción original o a quién sabe qué), lo hemos depurado, corregido e interpretado, resultando ahora sí un texto más legible y fluído. Lamentamos que el propio sitio *juliusevola.blogia.com*, que aparenta ser autorizado para con este notorio autor en castellano, presente este raro texto con tantas imperfecciones. Pero fuera de todo ello, hemos querido rescatarlo por su valor intrínseco de interpretación que hace su autor sobre lo que subyace en todo combate y tras la victoria, de acuerdo a la óptica aria tradicional.

La decadencia de Occidente, según la concepción de una reputada crítica de la civilización de Occidente, es claramente reconocible por dos características principales: en primer lugar, por el desarrollo patológico de todo aquello que es *activismo*; en segundo lugar, por el desprecio hacia los valores del Conocimiento interior y de la Contemplación.

Esta crítica no entiende por Conocimiento al racionalismo, al intelectualismo o a otros vacíos juegos de palabras; y no entiende por Contemplación un alejamiento del mundo, una renuncia o un alejamiento monacal mal comprendido. Al contrario, Conocimiento interior y Contemplación representan las formas de participación normales y más apropiadas del hombre en la Realidad sobrenatural, supra-humana y supra-racional. A pesar de esta aclaración, en la base de la concepción indicada existe una premisa inaceptable para nosotros, ya que, tácitamente y de hecho, se admite que toda acción en el dominio material es limitativa, y que el más alto dominio espiritual sólo es accesible por otras vías que no son las de la acción.

En esta idea se reconoce claramente la influencia de una concepción de la vida básicamente ajena al espíritu de la raza aria, pero que, sin embargo, está tan profundamente unida ya al pensamiento del Occidente cristiano, que se la encuentra igualmente en la concepción imperial de Dante. La oposición entre Acción y Contemplación era, por el contrario, desconocida por los antiguos arios. Acción y Contemplación no estaban enfrentadas como los dos términos de una oposición. Designaban únicamente sólo palabras distintas para la misma realización espiritual. Dicho de otro modo, se estimaba entre los antiguos arios que el hombre podía sobrepasar el condicionamiento individual no solamente por la Contemplación sino también por la Acción.

Si nos alejamos de esta idea primera, entonces el carácter de decadencia progresiva de la civilización occidental debe ser interpretado de diferente forma. La tradición de la acción es típica de las razas ario-occidentales. Pero esta tradición se desvía progresivamente. Así es en el Occidente actual, donde se ha llegado a conocer y honrar solamente una acción secularizada y materializada, privada de toda forma de contacto trascendente, una acción profanada que, fatalmente, debía degenerar en fiebre o en manía, reduciéndose al obrar por el obrar, o bien a un hacer que está ligado solamente a efectos condicionados por el tiempo. A una acción así degenerada no responden, en el mundo moderno, valores ascéticos y auténticamente contemplativos sino únicamente una cultura brumosa y una fe pálida y convencional. Tal es nuestro punto de vista sobre la situación.

Si la "vuelta a los orígenes" es el concepto base de todo movimiento actual de renovación, entonces debe valer como tarea indispensable, de vuelta consciente, el comprender la concepción aria primordial de la Acción. Esta concepción aria debe tener un efecto transformador y evocar en el Hombre Nuevo, de Buena Raza, unas fuerzas vitales dormidas.

Hoy y aquí queremos atrevernos a hacer un breve *excursus*, precisamente justo en el universo del pensamiento del mundo ario primordial, con el objetivo de sacar de nuevo a la luz algunos elementos fundamentales de nuestra tradición común, poniendo una atención especial en los significados arios de la guerra, la lucha y la victoria.

Naturalmente, para el antiguo guerrero ario la guerra, como tal, respondía a una lucha eterna entre fuerzas metafísicas. De un lado está el principio olímpico de la Luz, la realidad solar y uraniana; de otro, la violencia brutal del elemento "titánico-telúrico", *bárbaro* en el sentido clásico, "femenino-demoníaco". Este tema de aquella lucha metafísica aparecería de mil formas en todas las tradiciones de origen ario. Así, toda lucha a nivel material era tomada, con una conciencia más o menos grande, como un episodio de esta antítesis. Ya que la arianidad se consideraba como milicia del principio olímpico, es necesario hoy, por tanto, restablecer esta vía de los antiguos arios, e igualmente conceder legitimidad o la consagración suprema al derecho al poder y a la concepción imperial misma, ahí donde, en el fondo, parece bien evidente su carácter anti-secular.

En la imaginación de este mundo tradicional toda realidad se transformaba en símbolo... Esto también vale para la guerra desde el punto de vista subjetivo e interior. Así podían ser fundidos, en una sola entidad, guerra y camino hacia lo divino.

Los significativos testimonios que nos ofrecen las diversas tradiciones nórdico-germánicas son bien conocidos por todos. De todos modos, debemos decir que estas tradiciones, tal como nos han llegado, se ven fragmentadas y mezcladas; muy a menudo representan la materialización de las mas altas tradiciones arias primordiales, pero caídas a nivel de supersticiones populares. Esto no nos impide fijar algunos puntos.

Ante todo, como sabemos, el «*Walhalla*» es la capital de la inmortalidad celeste, y principalmente reservado a los héroes caídos en el campo de batalla. El señor de estos lugares, Odín-Wotan, es representado en la saga «*Ynglinga*» como aquel que por su sacrificio simbólico en el árbol cósmico *Ygdrasil* ha indicado el camino a los guerreros, camino que conduce a una residencia divina, donde siempre florece la vida inmortal. Conforme a esta tradición, de hecho ningún sacrificio o culto es más agradable para el dios supremo, y ningún otro esfuerzo obtiene más ricos frutos supra-terrestres, que aquel que han ofrecido los que han muerto combatiendo en el campo de batalla. Pero hay mucho más. Tras la oscura representación del «*Wildes Heer*» [ejército salvaje, horda tempestuosa] se esconde también el siguiente significado fundamental: a través de los guerreros que, cayendo, ofrecen un sacrificio a Odín, se forman aquellas tropas que el dios necesitará para la última definitiva batalla del «*Ragnarök*», es decir, contra ese fatal "oscurecimiento de lo divino" que ya desde los tiempos antiguos planea amenazante sobre el mundo.

Hasta aquí, por consiguiente, el genuino motivo ario de la fuerte lucha metafísica es claramente expuesto a la luz. En los «*Edda*» quedaría igualmente dicho: "Por muy grande que pueda ser el numero de los héroes reunidos en el «*Walhalla*» nunca será lo suficientemente grande cuando el lobo irrumpa" (texto *Gylfaginning*). El lobo es aquí la imagen de esas fuerzas oscuras y salvajes que el mundo de los «*Ases*» ha logrado someter. La concepción ario-irania de Mitra, "el guerrero sin sueño", es de hecho análoga: el que a la cabeza de las «*Fravashi*» y de sus fieles libra batalla contra los enemigos del dios ario de la luz. Hablaremos, inmediatamente después, de las «Fravashi» y examinaremos su estrecha correlación con las «*Walkyrias*» de la tradición nórdica. Por otra parte intentaremos clasificar también el significado de la "Guerra Santa" a través de otros testimonios concordantes. No hay que sorprenderse si hacemos, en este contexto, ante todo, referencia a la tradición islámica. La tradición islámica tiene aquí el lugar de la tradición ario-irania. La idea de la "guerra santa" —al menos en lo que concierne a los elementos aquí examinados— llegará a las tribus árabes por el universo del pensamiento iranio; tiene por tanto, al mismo tiempo, el sentido de un tardío renacimiento de una herencia aria primordial, y desde este punto de vista puede ser utilizada sin ninguna duda.

Está admitido que se distingue en esa tradición en cuestión dos "guerras santas"; es decir la "grande" y la "pequeña" Guerra Santa. Esta distinción se funda en unas palabras que el Profeta pronuncia tras volver de una incursión guerrera: "Hemos vuelto de la pequeña guerra a la gran guerra santa". En este contexto, la gran guerra

santa pertenece a niveles espirituales. La pequeña guerra santa es por el contrario la lucha psíquica, material, la guerra conducida en el mundo exterior. La gran guerra santa es la lucha del hombre con sus propios enemigos, los que lleva en si mismo. Más exactamente, es la lucha del elemento sobrenatural del propio hombre contra todo lo que resulta instintivo, ligado a la pasión, caótico, sujeto a las fuerzas de la Naturaleza.

Tal es la idea, también, que aparece recogida en el «*Bhagavad-Gitâ*», ese antiguo gran tratado de la sabiduría guerrera aria: "Conociendo aquello que está sobre el pensamiento, afírmate en tu fuerza interior y golpea, guerrero de largos brazos, a ese temible enemigo que es el deseo" (*Bhagavad-Gitâ* III, 43). Una condición indispensable para la obra interior de liberación es que este enemigo debe quedar aniquilado de forma deliberada. En el cuadro de la tradición heroica, aquella pequeña guerra santa —es decir, una guerra como lucha exterior—, sirve solamente como medio por el cual se realiza justamente esa gran guerra santa. Y por esta razón, en los textos, "guerra santa" y "camino hacia Dios" son a menudo sinónimos. Así leemos en el *Corán*: "Combaten en el Camino de Dios" —es decir, en la Guerra Santa— "aquellos que sacrifican esta vida terrestre a la vida futura; pues a aquel que combate y muere sobre el camino de la Vía de Dios, o a aquel que consigue la victoria, le daremos una gran recompensa" (*Corán* VI, 76). Y, más adelante: "A aquellos que caen sobre el camino de la Vía de Dios, Él nunca dejará que se pierdan sus obras; los guiará y dará mucha paz a sus corazones, y los hará entrar en el Paraíso, que Él les revelará" (*Corán*, XLVII). Se hace alusión aquí a la muerte física en guerra, a la «*mors triumphalis*» (muerte victoriosa), que se encuentra en correspondencia perfecta con todas las tradiciones clásicas. La misma doctrina puede de todas formas ser también interpretada en un sentido simbólico: aquel que en la "pequeña guerra" vive una "gran guerra santa", crea en si una fuerza que lo prepara para superar la crisis de la muerte. Pero, igualmente sin haber muerto físicamente, puede, mediante la ascesis de la Acción y la Lucha, experimentar la muerte; puede haber vencido interiormente y haber logrado una "más que vida".

Entendidas esotéricamente, "Paraíso", "Reino de los Cielos" y otras expresiones análogas, no son nada más que símbolos y figuraciones, forjados por el pueblo, de unos trascendentes estados de iluminación, en un plano más elevado que la vida o la muerte. Estas consideraciones deben valer también como premisa para reencontrar los mismos significados bajo el aspecto externo del cristianismo, que la tradición heroica nórdico-occidental se vio forzada a adoptar durante las Cruzadas para poder manifestarse exteriormente. Mucho más de lo que la gente, hoy y en general, está

inclinada a creer, en las cruzadas medievales para la "liberación del Templo" y la "conquista de la Tierra Santa" existen evidentes puntos de contacto con la tradición nórdico-aria, donde se hace referencia a la mítica «*Asgard*», la lejana tierra de los *Ases* y de los Héroes, donde la muerte no tiene prisa y donde los habitantes gozan de una vida inmortal y una paz sobrenatural.

La guerra santa aparece como una guerra totalmente espiritual, hasta el punto de poder llegar a ser comparada por los predicadores literalmente con una "purificación, como el fuego del purgatorio antes de la muerte". "Qué mayor gloria que no salir del combate sino cubierto de laureles. Qué gloria mayor que ganar sobre el campo de batalla una corona inmortal", afirma a los Templarios Bernardo de Claraval («*De laude novae militiae*»). La "Gloria Absoluta", aquella que atribuyen los teólogos a Dios en lo más alto del cielo (con su «*in Excelsis Deo*»), es también encargada como propia al cruzado. Sobre este telón de fondo se situaba la «Santa Jerusalén», bajo ese doble aspecto: como ciudad terrestre y como ciudad celeste, y la Cruzada como una gran elevación que conduce realmente a la inmortalidad. Los actos de los militares de las cruzadas, altos y bajos, produjeron inicialmente sorpresas, confusión, y hasta crisis de fe, pero tuvieron después como único efecto purificar la idea de la «Guerra Santa» de todo residuo de materialismo. Sin dudarlo, el fin desafortunado de una Cruzada es comparado a la Virtud que es perseguida por el Infortunio, en el cual el valor puede ser juzgado y recompensado solamente en relación a una vía, en forma no terrestre. Así se concentraría —mucho más allá de la victoria o de la derrota— el juicio de valor sobre el aspecto espiritual y genuino de la Acción. Así, la «Guerra Santa» vale por si misma, independientemente de su resultado material visible, como medio para alcanzar por el sacrificio activo del elemento humano una realización supra-humana.

Y justo esa misma enseñanza, elevada al nivel de expresión metafísica, reaparecerá en un texto indo-ario muy citado y conocido, el «*Bhagavad-Gitâ*». La compasión y los sentimientos humanitarios que impiden al guerrero Aryuna batirse en combate contra el enemigo, son juzgados por el dios [Krishna] como "turbios, indignos de un «*ârya*» (...), que no conducen ni al cielo ni al honor" (*Bhagavad-Gitâ* II, 2). El mandato le dice así: "Si caes muerto, irás al cielo; si sales vencedor, gobernarás la tierra. Álzate, hijo de Kuntî, dispuesto a combatir" (II, 37). La disposición interior que puede transmutar se da de la forma siguiente: "...Ofrendándome toda acción, el espíritu plegado sobre sí mismo, despojado de esperanzas banales y de visiones interesadas, combate sin aprensiones" (III, 30). En expresiones tan claras se afirma la pureza de la acción: debe ser deseada por sí

misma, más allá de toda pasión y de todo impulso humano: "Considera que están en juego el sufrimiento, la riqueza o la miseria, la victoria o la derrota. Prepárate, por tanto, para el combate; y de esta forma evitarás el pecado" (II, 38).

Como fundamento metafísico suplementario, el dios aclara la diferencia entre aquello que es espiritualidad absoluta —y, como tal, indestructible— y lo que solamente tiene como elemento lo corporal y humano, en una existencia ilusoria. De un lado, el carácter de irrealidad metafísica de aquello que se puede perder como cuerpo y vida mortales que pasan; de otro, Aryûna es conducido, en aquella experiencia, desde una fuerza de manifestación de lo divino a una potencia de irresistible transcendencia. Así, frente a la grandeza de esta fuerza, toda forma condicionada de existencia aparece como una negación. Allí donde esta negación es activamente negada, es decir, allí donde, en el asalto, toda forma condicionada de existencia es invertida o destruída, esta fuerza llega a tener una manifestación terrorífica.

Sólo sobre esta base, exactamente, se puede captar una energía adecuada para producir la transformación heroica del individuo. En la medida en que el guerrero obra en la pureza y el carácter de lo absoluto, aquí indicados, rompe las cadenas de lo humano, evoca lo divino como una fuerza metafísica, atrae sobre sí esta fuerza activa y encuentra en ella su ilusión y su liberación. La palabra crucial corresponde a otro texto —perteneciente también a la misma tradición— y dice: "*La vida es como un arco; el alma es como una flecha; el espíritu absoluto como el blanco a traspasar. Uníos a este gran espíritu, como la flecha lanzada se fija en el blanco*" (*Mârkandeya-purâna*, XLII, 7, 8). Si sabemos ver aquí la más alta forma de realización espiritual mediante la lucha y el heroísmo, es entonces verdaderamente significativo que esta enseñanza sea presentada en el «*Bhagavad-Gitâ*» como continuación de una herencia primordial ario-solar. De hecho, le fue dada por el "Sol" al primer legislador de los arios, Manú, y fue conservada ininterrumpidamente por una gran dinastía de reyes consagrados. En el curso de los siglos esta enseñanza se perdió, y sin embargo fue de nuevo revelada por la divinidad, no a un devoto sacerdote sino a un representante de la nobleza guerrera: Aryûna.

Lo que hemos tratado hasta aquí, permite también comprender los significados más interiores que se encuentran en la base de un conjunto de tradiciones clásicas y nórdicas. Así, como punto de referencia, habrá que reseñar aquí que en estas

tradiciones antiguas algunas imágenes simbólicas precisas aparecían con una frecuencia singular: éstas son, primero, la imagen del alma como demonio, doble o genio; y enseguida la imagen de las presencias dionisíacas de la diosa de la Muerte y la imagen de una diosa de la Victoria que aparecía a menudo bajo la forma de diosa de la Batalla. Para la exacta comprensión de todas estas relaciones será muy oportuno clarificar la significación que tiene el alma, que es aquí entendida como demonio, genio o doble. El hombre antiguo simboliza en el demonio o propio doble una fuerza que yace en las profundidades, que es, por decirlo así, "la vida de la vida", en la medida en que ella dirige en general todos los sucesos, tanto corporales como espirituales, a los que la conciencia normal no tiene acceso pero que condicionan sin embargo e indudablemente la existencia contingente y el destino del individuo. Entre esas entidades y las fuerzas místicas de la Raza y de la Sangre existe una muy estrecha ligazón. Así por ejemplo, el demonio aparece bajo numerosos aspectos, parecido a los Dioses Lares, las entidades místicas de un linaje o una generación, de los cuales Macrobio, por ejemplo, nos afirma: "*Son dioses que nos mantienen vivos. Ellos alimentan nuestro cuerpo y guían nuestra alma*".

Así, se puede decir que entre el demonio y la conciencia normal existe una relación del mismo tipo que entre el principio individuante y el principio individuado. El primero es, según las enseñanzas de los antiguos, como una fuerza supra-individual y por tanto superior al nacimiento y a la muerte. El segundo, es decir, el principio individuado, es la conciencia condicionada por el cuerpo y el mundo exterior, destinada normalmente a la disolución o a una supervivencia muy efímera propia del mundo de las sombras. En la tradición nórdica, la imagen de las «*Walkyrias*» tiene más o menos el mismo significado que el demonio. La imagen de una «*Walkyria*» se confunde, en muchos textos, con la de una «*Fylgja*» (literalmente, "acompañante"), es decir, con una entidad espiritual activa en el hombre y a cuya fuerza su destino está sometido. Como «*Kynfylgja*», una «*walkyria*» es —de igual forma que lo son los dioses lares romanos— la fuerza mística de la sangre. Y lo mismo ocurre con las «*Fravashi*» de la tradición ario-irania. El «*Fravashi*» [el espíritu guardián del individuo] —explica un bien conocido orientalista— "es la fuerza íntima de cada ser humano, es la que le sostiene desde el momento que nace y subsiste". Del mismo modo que los dioses lares romanos, las «Fravashi» [gramaticalmente de género femenino] están en contacto simultáneamente con las fuerzas primordiales de una raza y son —como las «Walkyrias»— diosas preponderantes de la guerra, que dan la fortuna y la victoria. Tal es la primera relación que debemos desvelar y descubrir: ¿Qué es lo que esta fuerza tan misteriosa, que representa el alma profunda de la raza y lo trascendental

en el interior del hombre, puede tener en común con las diosas de la guerra?. Para comprender bien este punto habrá que recordar que los antiguos indo-germanos tenían una concepción de la propia inmortalidad, por así decirlo, aristocrática, diferenciada.

No todos escaparían a la disolución, a esta supervivencia lemúrica de la que «*Hades*» y «*Niflheim*» eran antiguas imágenes simbólicas... La inmortalidad fue un privilegio de muy pocos, y, según la concepción aria, principalmente un privilegio heroico. El hecho de sobrevivir —no como sombra sino como semidiós— está reservado solamente a aquellos a los que sus acciones espirituales han elevado de una a otra naturaleza. Aquí no puedo, por desgracia, suministrar las pruebas para justificar lo que doy como afirmación: técnicamente, esas acciones espirituales logran transformar el yo individual, el de la conciencia humana normal, en una fuerza profunda, supra-individual, la fuerza individuante, que está más allá del nacimiento y de la muerte y a la cual, como se dijo, corresponde el concepto de "demonio". Pero, sin embargo, el demonio está mucho más allá de todas las formas finitas en que se manifiesta, y esto porque no representa solamente la fuerza primordial de toda una raza sino también el aspecto de la intensidad.

El paso brusco de la conciencia ordinaria hacia esta fuerza, simbolizada por el demonio, suscitaba, por consiguiente, una crisis destructiva, parecida a un relámpago, como fruto de una tensión de potencial demasiado alto en y para el circuito humano. Suponemos por ello que, en condiciones excepcionales, el demonio puede igualmente aparecer en el individuo y hacerle experimentar una transcendencia de tipo destructiva, y así, en este caso, se produciría una especie de experiencia activa de la muerte, y la segunda relación aparecía por tanto muy claramente, es decir, porque la imagen del doble o demonio en los mitos de la antigüedad pudo ser confundida con la divinidad de la muerte. En la vieja tradición nórdica, el guerrero ve a su propia *walkyria* en el mismo instante de la muerte o del peligro mortal.

Vayamos más lejos. En la ascesis religiosa los medios preferidos son la mortificación, la renuncia al Yo y la tensión en el desamparo de Dios, a través de los cuales se busca precisamente provocar la crisis mencionada y superarla positivamente. Expresiones como "muerte mística" o bien "noche oscura del alma", etc., etc., que indican esta condición, son de todos conocidas. De forma opuesta, en el cuadro de una tradición heroica, el camino hacia el mismo fin está representado por la tensión activa, por la liberación dionisíaca del elemento Acción. Observamos, por ejemplo, al nivel más bajo de la fenomenología correspondiente, la danza

empleada como técnica sacra para evocar y suscitar, a través del éxtasis del alma, fuerzas subyacentes en las profundidades. En la vida del individuo liberado por el ritmo dionisíaco se inserta otra vida, casi como el florecimiento de su raíz basal. Las Erinias, las Furias, la "Horda salvaje" y otras varias entidades espirituales análogas, representan esta fuerza en términos simbólicos. Todas corresponden por consiguiente a una manifestación del demonio en su trascendencia aterradora y activa.

A un nivel más elevado se sitúan ya los sacros juegos guerreros y deportivos, y todavía aún más alto se encuentra la misma guerra. Así retornamos de nuevo a la concepción aria primordial y a la ascesis guerrera. En la cumbre del peligro del combate heroico se reconoce la posibilidad de esta experiencia supra-normal. Así, la expresión latina "*ludere*", jugar o desempeñar un papel —combatir—, parece contener la idea de resolución (Bruckmann, *Indogerm. Forschungen*, XVIII, 433). Ésa es una de las numerosas alusiones a la virtud encerrada en el combate, la de desatarse de las limitaciones individuales, de hacer emerger fuerzas libres escondidas en la profundidad.

De aquí deriva el fundamento de la tercera asimilación: los Demonios, los Dioses Lares —como el Yo individuante—, son idénticos no solamente a las Furias, las Erinias y a las otras naturalezas dionisíacas desencadenadas —que, por su parte, tienen muchas características comunes con el deseo de muerte—, sino que tienen también igual significación, por su relación con las vírgenes que conducen a los héroes al asalto en la batalla, que las «*Walkyrias*» y que las «*Fravashi*». Así, las «*Fravashi*» son descritas en los textos sagrados, por ejemplo, como "las aterradoras, las todopoderosas", "aquellas que escuchan y dan la victoria al que las invoca", o, para decirlo ya más claramente, a aquel que las invoca en el interior de sí mismo.

Así como las Furias y las Erinias nos reflejan una manifestación especial de desencadenamiento y de irrupción demoníaca —y las Diosas de la Muerte, «*Walkyrias*», «*Fravashi*», etc., se relacionan con las mismas situaciones, en la medida en que son posibles a través de un combate heroico—, de igual forma la Diosa de la Victoria es la expresión del triunfo del yo sobre este poder. Indica la tensión victoriosa respecto de una condición situada más allá del peligro, inserto en el éxtasis y en las formas de destrucción sub-personales, un peligro siempre emboscado detrás del momento frenético de la gran acción dionisíaca, y también de la acción heroica. El impulso hacia un estado espiritual realmente supra-personal, que nos hace libres, inmortales, interiormente indestructibles, lo ilustra la frase

"convertir dos en uno" (los dos elementos de la esencia humana), que se sintetiza pues en esta representación de la conciencia mítica.

Pasemos ahora al significado dominante de estas tradiciones heroicas primordiales, es decir, a esta concepción mística de la Victoria. Aquí la premisa fundamental es que una correspondencia eficaz entre física y metafísica, entre visible e invisible, fue conocida allí donde los actos del espíritu influían en la victoria efectiva. Entonces, todos los aspectos materiales de la victoria militar se convierten en expresión de una acción espiritual que ha suscitado la victoria, en el punto en que exterior e interior se tocan. La victoria aparecería como signo tangible para una consagración a un renacimiento místico acometido en el mismo dominio.

Las Furias y la Muerte, que el guerrero había afrontado materialmente en el campo de batalla, se le oponen también interiormente en el plano espiritual bajo la forma de una irrupción amenazante de las fuerzas primordiales de su ser. En la medida en que triunfe sobre ellas, la victoria es suya. En este contexto se explica también la razón por la que cada victoria toma especial significado sacro en el mundo ligado a la tradición. Y de esta forma el jefe del ejército, aclamado en los campos de batalla, ofrecía la experiencia y la presencia de esta fuerza mística que lo transformaba a él. El sentido profundo del carácter supra-terrestre emergente de la gloria y de la heroica divinidad del vencedor se hace así más comprensible, y de ahí el hecho de que la antigua tradición romana del Triunfo tuviese rasgos más sagrados que militares: el simbolismo recurrente en las tradiciones arias primordiales de Victorias, «*Walkyrias*» y otras entidades análogas que guían al "cielo" el alma del guerrero... Y de ahí también el mito del héroe victorioso, como el Hércules dorio que obtiene de Niké, "la Diosa de la Victoria", la corona que le hace partícipe de la inmortalidad olímpica. Este símbolo se manifiesta ahora bajo una luz muy diferente, y en adelante resulta claro que es totalmente falso y superficial este modo ignorante de ver que no querría distinguir en todo esto nada más que simple "poesía", retórica y fábula.

La teología mística actual enseña que en la Gloria se cumple la transfiguración espiritual santificante, y toda la iconografía cristiana rodea la cabeza de los santos y mártires con la aureola de la gloria. Todo nos indica que se trata de una herencia, aunque muy debilitada, de nuestras tradiciones heroicas más elevadas. La tradición ario-irania en efecto ya conocía el fuego celeste entendido como gloria —«Hvareno»—, que desciende sobre los reyes y verdaderos jefes, los hace inmortales y les permite llevar así el testimonio de la victoria... La antigua corona real de rayos simbolizaba exactamente la gloria como fuego solar y celeste. Luz, esplendor solar,

gloria, victoria, realeza divina, son esas imágenes que se encontraban en el seno del mundo ario en la más estrecha relación, no como abstracciones o invenciones del hombre sino con el claro significado de fuerzas y dominios absolutamente reales. Y en este contexto, la doctrina mística de la lucha y de la victoria representa para nosotros un vértice luminoso de nuestra común concepción de la acción en el sentido tradicional.

Esta concepción tradicional nos habla hoy de forma todavía comprensible para nosotros, a condición, naturalmente, de que nos desviemos de sus manifestaciones exteriores y condicionadas por el tiempo. Entonces, al igual que en el presente, se quiere así superar esta espiritualidad cansina, anémica o basada en simples especulaciones abstractas o en mortecinos sentimientos piadosos, a la vez que se sobrepasa también la degeneración materialista de la acción. ¿Se puede encontrar para esta tarea mejores puntos de referencia que los ideales mencionados del ario primordial?. Pero hay mucho más. Las tensiones materiales y espirituales son comprimidas hasta tal punto en el Occidente de estos últimos años, que no pueden ser ya resueltas más que a través del combate. Con la guerra actual, una época es dominada y transformada en la dinámica de una nueva civilización tan sólo por unas ideas abstractas, unas premisas universalistas o por medio de mitos ya conocidos irracionalmente.

Ahora, una acción mucho más profunda y esencial se impone, para que mucho más allá de las ruinas de un mundo subvertido y condenado una nueva época comience para Europa. Sin embargo, en esta perspectiva mucho dependerá de cómo el individuo pueda dar forma a la experiencia del combate, es decir, si estará a la altura de asumir el heroísmo y el sacrificio como una *catarsis* propia, como un medio de liberación del despertar interior, no solamente para la salida definitiva y victoriosa de los sucesos de este período tempestuoso, sino aun también para dar una forma y un sentido al orden que surgirá de la victoria. Esta tarea de nuestros combatientes —interior, invisible, apartada de gestos y grandes palabras—, tendrá un carácter decisivo. Es en la batalla misma donde es necesario despertar y templar esta fuerza que, más allá de la tormenta de la sangre y de las privaciones favorecerá, con un nuevo esplendor y una paz todopoderosa, la nueva creación. Por esto, se debería aprender hoy sobre el campo de batalla la acción pura, una acción no solamente en el sentido de ascesis viril sino también de gran purificación y de camino hacia formas superiores de vida, válidas en si mismas y por ellas mismas, lo que, no obstante, tiene en cierta forma el sentido de una vuelta a la tradición primordial del ario-occidental.

Desde los tiempos antiguos resuenan todavía hasta nosotros las palabras: "la vida, como un arco; el alma, como una flecha; y el espíritu absoluto, como un blanco a traspasar". Ya que aquel que, todavía hoy, vive la batalla en el sentido de esta identificación, ése persistirá en pie allí donde los otros caerán; tendrá una fuerza invencible. Este hombre nuevo vencerá en sí todo el drama y toda oscuridad, todo el caos, y representará la llegada de los nuevos tiempos, el comienzo de un nuevo desarrollo... Este heroísmo de los mejores, según la tradición aria primordial, puede realmente asumir una función evocadora, es decir, la función de restablecer de nuevo el contacto —adormecido desde hace muchos siglos— entre mundo y supra-mundo. Entonces el combate no se convertirá en una horrible gran carnicería, no tendrá el sentido de un destino desesperado, condicionado únicamente por el único deseo de ganar poder, sino que será la prueba del derecho y de la misión de un gran pueblo. Entonces la paz no significará un ahogo en la oscuridad burguesa cotidiana, ni el alejamiento de la tensión espiritual de la lucha en batalla, sino que tendrá, todo lo contrario, el sentido de un cumplimiento de ella.

Es también por ella que queremos hacer nuestra, de nuevo, la profesión de fe de los antiguos, tal como se expresa y muy bien, en las siguientes palabras: "*La sangre de los héroes es más sagrada que la tinta de los sabios y las plegarias de los devotos*". Porque eso se encuentra justamente en la base profunda de la concepción tradicional, según la cual en la "guerra santa" operan, mucho más fuertes que los individuos, las místicas fuerzas primordiales de la raza. Estas fuerzas de los orígenes son las que crean los Imperios.-

http://editorial-streicher.blogspot.com